

ÁLVARO MATUTE

Pedro Henríquez Ureña y la Universidad de México

1. El Ateneo y la Universidad

Los ateneístas necesitaban a la Universidad tanto como la Universidad necesitó de ellos en el momento de iniciar sus actividades el 21 de septiembre de 1910. En *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes precisa que “la ocupación de la Universidad” fue una de las batallas que formaron parte de la segunda campaña que emprendió su generación, definitivamente identificada como “del Ateneo”.

La llegada a México en 1906 del joven dominicano Pedro Henríquez Ureña le dio un sentido diferente a las reuniones que solían tener los intelectuales, las cuales oscilaban entre la tertulia y la bohemia. Con un rigor poco usual, un grupo de jóvenes lectores comenzó a celebrar auténticos seminarios alrededor de las lecturas que hacían en común. Con ello mitigaban la frustración de tener que acudir a la Escuela de Jurisprudencia, la más parecida a una “Facultad de Humanidades”. La lectura de clásicos y contemporáneos les permitía amanecerse en el estudio de Jesús T. Acevedo o en la biblioteca de Antonio Caso. Aunque se trataba de una minoría, hacía patente la necesidad de una Universidad y, dentro de ella, de una Escuela de Altos Estudios, en la cual la literatura y la filosofía fueron asunto de enseñanza y aprendizaje.¹

Justo Sierra tuvo en los ateneístas la respuesta que había buscado durante muchos años. Con ellos, que alrededor de 1908 ya habían concluido sus estudios profesionales, se podía enriquecer la planta docente de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Los primeros pasos, sin embargo, fueron difíciles. Al principio no había alumnos, a pesar de la excelencia de profesores invitados como Franz Boas, y hubo que sortear los ataques originados en el cenáculo de la ortodoxia comtiana, la *Revista Positiva* de Agustín Aragón, quien llegó a presentar solicitud a la Cámara de Diputados de clausurar a la nueva institución, y particularmente a la Escuela de Altos Estudios. Aragón y Horacio Barreda —hijo del introductor del positivismo en México— consideraban que la nueva institución y su consecuencia eran elitistas y metafísicas, por lo que debían ser erradicadas. Los diputados cayeron en el juego y el asunto pasó a debate. La Universidad fue defendida por Félix F. Palavicini, Rafael de la Mora y Alfonso Cabrera en la XXVI Legislatura Federal, en plena era maderista.²

Los jóvenes del Ateneo se identificaron, en su mayoría, con la Universidad. Sus combates al positivismo les dieron una clara significación. La Universidad, por sí sola, era una institución anti-positivista, tal como se presentaba en su nueva versión de 1910. La Universidad tenía en los ateneístas a colaboradores muy valiosos y ellos tenían en la Universidad un ámbito donde desarrollar un magisterio y tratar de profesionalizar el estudio de la filosofía y las letras. Para llevar a cabo su labor de difusión cultural, crearon en el propio

1912 la Universidad Popular Mexicana, con la cual llegaron a núcleos mayoritarios. En Altos Estudios harían en un plan formal lo que habían iniciado desde 1907 con sus reuniones en las cuales se improvisaron en maestros de ellos mismos, habiendo tomado un papel determinante Henríquez Ureña, reconocido por sus congéneres por sus dotes de maestro, no en el sentido de gran catedrático de lecciones magistrales, como Antonio Caso, sino por el rigor de su enseñanza, por la manera como atendía al alumno y lo hacía llegar a la auto-crítica, a conocer a través de fuentes directas y a ser sistemático en su proceder.

Los años de la Sociedad de Conferencias y los iniciales del Ateneo fueron preparatorios para lo que entre 1910 y 1914 sería una actividad decisiva dentro del ámbito universitario. La “Facultad de Humanidades” que habían improvisado rendiría frutos en los años que van del invierno del porfiriato a la caída del huertismo.

Henríquez Ureña encontró en la recién inaugurada Universidad Nacional de México el lugar idóneo para continuar sus “horas de estudio”. Al llegar a México, traía consigo el Bachillerato que estudió en el Instituto Profesional de la República Dominicana, concluido en enero de 1901 y revalidado por la Escuela Nacional Preparatoria, lo que le permitió matricularse, como todos, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, después de haber estudiado Teoría General del Derecho en la Universidad de Nueva York.

El 22 de septiembre es oficial de la Secretaría de la Universidad y en ese puesto habrá de permanecer —salvo licencia concedida del 10. de mayo al 15 de julio de 1911— hasta marzo de 1914 cuando volvió a solicitar licencia, ahora indefinida y sin goce de sueldo para viajar a Santo Domingo y Europa.³ En esa etapa concluye sus estudios de licenciatura y presenta una tesis cuyo tema es, precisamente, *La Universidad*.

2. El magisterio en Altos Estudios: 1913-1914.

En 1912 se inició la labor docente de Henríquez Ureña cuando sustituyó a Luis G. Urbina en la clase “Lectura comentada de producciones literarias selectas” en la Escuela Nacional Preparatoria.⁴ Su relación con Urbina databa, tanto del hecho de haber colaborado juntos, con Nicolás Rangel, en la *Antología del Centenario*, como de que “el viejecito” se había inscrito en el Ateneo del cual era notable decano. Sirvió esa cátedra, además del tiempo de licencia de Urbina, ya no como interino, del 26 de noviembre de 1912 al 16 de agosto de 1913 para dedicarse a las clases que servía en la Escuela Nacional de Altos Estudios.

El primero de abril había comenzado su curso de “Literatura inglesa y anglo-americana”, nombre que disgustaba a Henríquez Ureña.⁵ Después, el 31 de julio, tiene que susti-

tuir a Alfonso Reyes en "Lengua y literatura castellanas".⁶ De estas dos experiencias docentes queda el testimonio insustituible de don Pedro, quien expresó al director de la Escuela, don Ezequiel A. Chávez, su opinión sobre el contenido de los cursos y el rendimiento de los alumnos.

Henríquez Ureña impartió 16 clases, del 30 de agosto al 26 de octubre. Trató en ellas, solamente, la epopeya española, la cual fue dividida en diversos asuntos como orígenes y comparación de la española con la de otros pueblos indoeuropeos; siguió una periodización que postula así: formación (siglos X y XI), apogeo (XII - XIII), decadencia (XIII y XIV) y fragmentación (XIV). Después pasó a analizar los caracteres, el lenguaje y el metro, para pasar a los temas en su orden histórico. Al mencionar sus fuentes, señala el *Poema del Cid*, el *Cantar de Rodrigo*, el *Poema de Fernán González*, la primera *Crónica general*, los *Infantes de Lara* y el *Romancero*. Más interesante es recuperar el comentario que sigue:

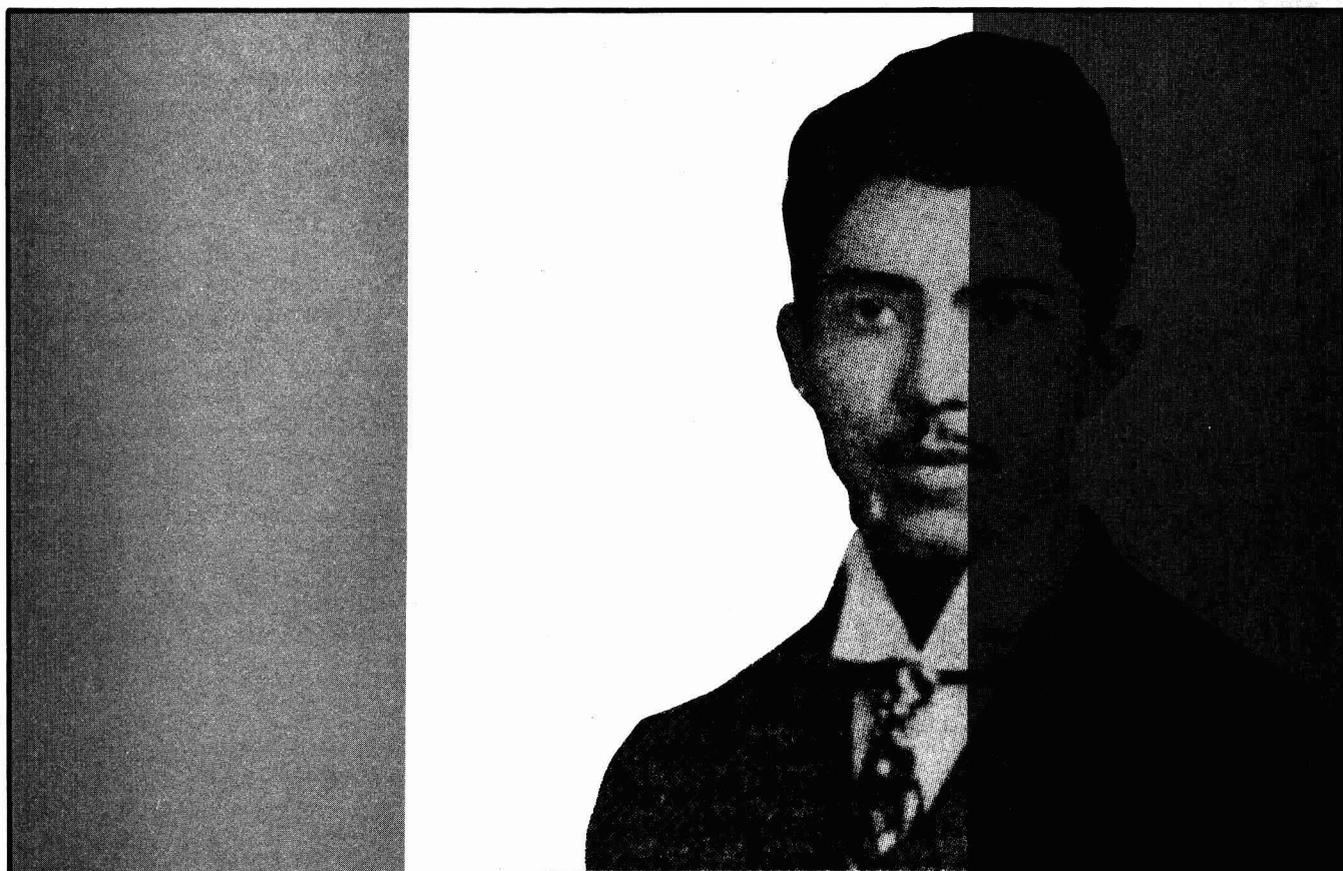
No traté de ningún otro punto de la literatura medioeval, de los comprendidos en el programa del Sr. Reyes, porque estimo que en esta Escuela no debe pretenderse desarrollar íntegros los programas, sino profundizar realmente alguna porción de ellos.

Luego de recomendar a Julio Torri para continuar con el curso de literatura medieval, "porque nadie en México conoce mejor que el Sr. Torri esa porción de la actividad literaria de España", pasa a referirse a los alumnos. En primer lugar decidió suprimir las listas —y se atreve a proponer que se supriman en la Escuela— porque "son absolutamente inútiles y sólo producen pérdida de tiempo y errores de estadística". Se queja:

En el curso de Literatura española, más de la mitad de las personas inscritas no asistió a clases; en cambio, una mitad, o más, de los asistentes efectivos no estaban inscritos.

Tras un plazo de tres meses para que presentaran trabajos de la materia, "nada se ha presentado". Sin embargo, aprovecharon muy bien, y desde luego, aprobaron el curso, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Ritter y Alberto Vásquez del Mercado; Erasmo Castellanos Quinto también llevó el curso. Se abstiene de comentar, pues hace poco había sido nombrado profesor de la Escuela. La opinión fundamental es la siguiente:

Los resultados obtenidos no me parecen del todo satisfactorios. La inmensa mayoría de los concurrentes asisten por *dilettantismo* a estas clases, y no por deseo de estudiarlas en serio. Y la Escuela de Altos Estudios no es para formar *dilettanti*. No debe sorprender la toma de Constantino de la luz del tabor: recordemos las palabras de D. Justo Sierra. En Europa no es causa de sorpresa el hecho de que un curso de estudios *altos* sólo dé anualmente tres o cuatro alumnos aprobados, pero entre nosotros la cantidad significa mucho a los ojos del vulgo, y el vulgo tiene siempre razón en sus exigencias de orden práctico. La Escuela debe llevar fines prácticos también: debe formar hombres conocedores de las materias que enseña, en número suficiente para las graves necesidades de cultura del país. Y cuatro personas cultas en literatura española son poca cosa para la ignorancia que hay respecto de la materia en el país. Mi opinión, pues, es que debe buscarse el medio de obtener suficiente número de alumnos que sigan en serio los cursos, por ejemplo, alumnos pensionados.⁷



Pedro Henríquez Ureña.

En relación con su curso de literatura inglesa, también envía una carta extensa a don Ezequiel A. Chávez, ya que él había solicitado a los profesores de los cursos sus opiniones. Para comenzar, Henríquez Ureña insiste en llamar al curso "Literatura inglesa", solamente y no agregarle el "y anglo-americana", "puesto que debe abarcar toda la literatura de lengua inglesa, y no sólo la producida en Inglaterra y en el Canadá y los Estados Unidos, sino también en la India, Australia, Nueva Zelandia y el África del Sur". Por ser el titular de la materia, dio alrededor de 50 clases. Partió de la literatura céltica, para pasar a explicar la literatura medieval, desde los primeros poemas en inglés antiguo, como el *Beowulf*, hasta los albores del Renacimiento, sin omitir la literatura en latín y el movimiento filosófico. Después se detuvo en Shakespeare a quien dedicó más de 30 clases. Por ejemplo, dedicó 4 clases a *Hamlet* y concluyó con *La tempestad*. Igual que en Literatura española, en tres meses, nadie le había entregado trabajos.

La asistencia a clases —añade— ha sido poco numerosa, y nunca pasó de treinta personas, manteniéndose generalmente alrededor de veinte. La ignorancia del idioma inglés, por desgracia tan frecuente en las clases cultas de México, alejó a muchas personas: aún se creía que el curso se daba en inglés. Espero que los cursos del Sr. Palomo Rincón preparen a muchas personas para recibir más tarde esta enseñanza, que por ahora no ha sido fructífera.

La misma ignorancia del idioma inglés ha hecho más graves aquí que en el curso de Literatura española los defectos del *dilettantismo* a que allí me referí. La mayor parte de los concurrentes no dominaban el idioma cuya literatura se explicaba.⁸

Con respecto a los alumnos de mayor aprovechamiento, cita de nuevo a Erasmo Castellanos Quinto. "Fuera de él, a ningún otro me atrevería a declarar *aprobado*, sino en el caso de que presentara, aun fuera de tiempo... un trabajo sobre los temas que señalé." Declara aprovechados a Manuel Rodríguez Tecailini, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vásquez del Mercado, César Pellicer y Sánchez Mármol y Carlos Roel.

Posiblemente, Pedro Henríquez Ureña fue uno de los pocos individuos que se percató de la seriedad y del potencial que presentaba la Escuela de Altos Estudios. Por las cartas que se conservan en los archivos universitarios, su obsesión por el rigor fue la nota más característica de su magisterio. No se dejaba llevar por el deslumbramiento fácil, por lo cual se declara enemigo del *dilettantismo*, perjudicial para la enseñanza superior de la literatura, siempre proclive a caer en el comentario fácil y brillante, en lugar de la lectura cuidadosa de los textos en su lengua original. Preferible abarcar poco, pero con la atención suficiente. La divisa ateneísta era esa. Por ello, después de ser maestro de su generación —y de sí mismo— como los ateneístas, pudo ser maestro destacado de la generación subsiguiente, la de los nacidos después de 1890, conocida como generación de 1915 o de los "Siete Sabios".

A mediados de 1914, Henríquez Ureña partió del país. Todavía no caía Victoriano Huerta, aunque la presión de los norteños era fuerte. Para entonces, ni la presencia de Nemesio García Naranjo en la Secretaría de Instrucción Pública podía impedir la intentona de militarizar a la Preparatoria. No obstante, García Naranjo trató de elevar la calidad de los programas universitarios, en medio del caos que vivía México.

La Universidad no era ajena a esa situación. Si bien permaneció la mayoría de los ateneístas en la capital, los más distinguidos se habían alejado, por razones diferentes. De "los cuatro grandes", sólo permaneció Antonio Caso. Fue el último gran maestro de los jóvenes de 1915. En ese año, Vasconcelos estaba con la Convención, lo que le costó el destierro, Reyes cumplía su segundo año en España y Henríquez Ureña iniciaría un peregrinaje por su propio país, por los Estados Unidos, donde obtuvo su doctorado y por España, donde, entre muchas otras cosas, ya en 1920, tradujo, en compañía de Alfonso Reyes y de don Carlos Pereyra! *El estado y la revolución*, de Lenin.⁹

3. En la Universidad vasconceliana: 1921-1924

El 3 de enero de 1921 se otorga a Pedro Henríquez Ureña el nombramiento de "Jefe Segundo del Departamento de Intercambio Universitario".¹⁰ Por entonces era rector de la Universidad José Vasconcelos. La campaña final, grande, del Ateneo —ya desaparecido— se daba en el marco del régimen obregonista. Entre la juvenil "afición de Grecia" que los llevó a concebir una utopía y la lectura reciente del comisario de cultura soviético Lunacharsky, la imaginación llegaba al poder. Mientras los más destacados jóvenes de 1915 ocupaban puestos fundamentales en secretarías de Estado, los ateneístas continuaban en la docencia y en la administración universitaria. La Universidad era incorporada a la Revolución después de los años precarios de 1916 a 1920. Henríquez Ureña regresó a México, ya con un doctorado, con mayor prestigio y con un gran volumen de obra publicada.

Su experiencia en España y los Estados Unidos lo hacía idóneo, no sólo para jefaturar el Departamento de Intercambio Universitario, cuya función era incierta hasta que en 1922, Henríquez Ureña le da orientación adecuada, sino para abrir una Escuela de Verano para estudiantes extranjeros. Esto tiene lugar el 1o. de julio de 1921 y los estudiantes extranjeros de hecho sólo fueron norteamericanos.

León Sánchez, librero español, Federico de Onís y los ateneístas Julio Torri y Mariano Silva y Aceves fueron, con Henríquez Ureña y Vasconcelos, los creadores de la nueva Escuela. Henríquez Ureña había conocido los cursos que organizaba el Centro de Estudios Históricos de Madrid, para estudiantes extranjeros. Además, había sido profesor en Minnesota, donde también obtuvo el doctorado. Conocía, pues, el movimiento estudiantil del exterior y organizó una Escuela de Verano con una planta docente de gran categoría en la cual se reunían los ateneístas con los jóvenes "Siete Sabios", que alternaban su trabajo técnico en el gobierno con la enseñanza. Los cursos fueron un éxito y ello propició el beneplácito del caudillo, quien dio una recepción en el Castillo de Chapultepec a los estudiantes extranjeros. Ocasión excelente para contrarrestar la propaganda negativa que sobre México corría en los Estados Unidos.¹¹

El prestigio de la joven Escuela de Verano hizo que en su segundo año de funcionamiento, sus cursos fueran admitidos como materias equivalentes en la Escuela de Altos Estudios, de la que nuevamente era director don Ezequiel A. Chávez.¹²

Además de la dirección de la Escuela de Verano y de la jefatura definitiva del Departamento de Intercambio, Henríquez Ureña volvió al magisterio. La lista de asignaturas que sirvió es compleja. Sustituyó a Antonio Caso en 1921, cuando Vasconcelos pasó a ocupar la cartera de Educación y Caso la rectoría. Las cátedras fueron: Lógica y metodolo-

gía, Ética, Estética e Historia de los sistemas filosóficos. Más tarde ocupó Henríquez Ureña la clase de Literatura general en la Escuela Nacional Preparatoria, ya en 1922, y un Seminario sobre cuestiones selectas de literatura general, en Altos Estudios. A este curso siguió uno de Métodos de investigación en la Historia de la literatura española y uno más de inglés.¹³

Los cursos fueron interrumpidos para dar lugar al viaje que emprendió con Vasconcelos, Torri y Carlos Pellicer a la América del Sur, a visitar entre otros centros de estudio, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, en Argentina, de la que sería profesor posteriormente, hasta su muerte en 1946.

En esa época, Henríquez Ureña se casó con una de las hermanas de Vicente Lombardo Toledano, con quien estrechó sus lazos así como con Alfonso Caso, quien resultó ser su conuño. También por esos años fue maestro de otros jóvenes que se acercaron tanto a Altos Estudios como a la Escuela de Verano: entre ellos, Salvador Novo, José Gorostiza, el ya mencionado Pellicer, Xavier Villaurrutia y Jaime Torres Bodet,¹⁴ entre otros. Fuera del campo literario, fueron sus discípulos Daniel Cosío Villegas, Luis Chávez Orozco, Luz Vera, Eduardo Villaseñor, Palma Guillén, Samuel Ramos y Manuel González Ramírez.

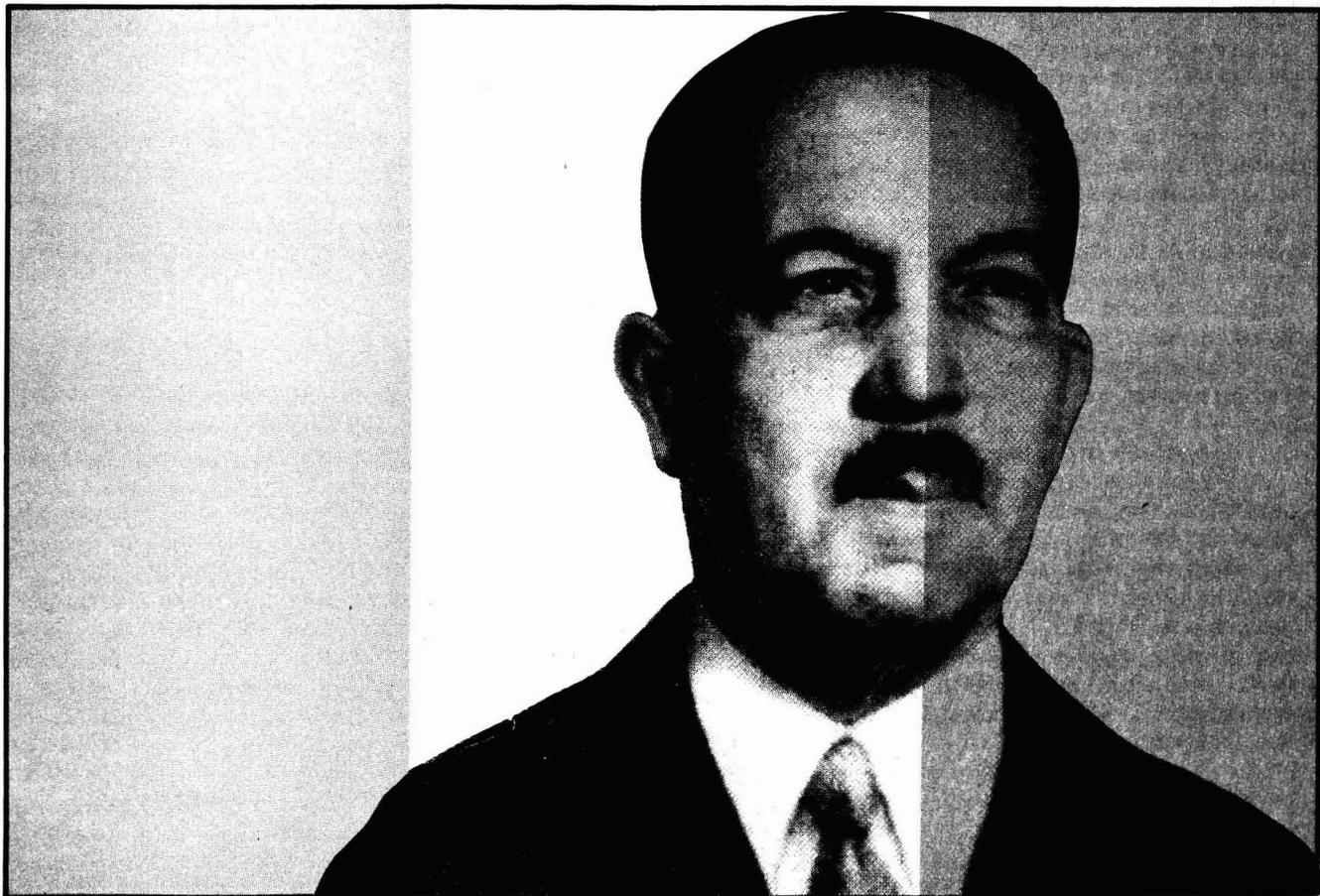
4. Ruptura y éxodo: 1923-1924

Normalmente, el relato de la salida de México de Henríquez Ureña es el de quien se convirtió en su antagonista. Dicho relato es el que ofrece Vasconcelos en las páginas de *El desastre*. Ahí se conoce que, por causa de la huelga en la Escuela Nacional Preparatoria, hubo una diferencia entre Lombardo y

Vasconcelos, quien se dio el nombramiento de director, tras la renuncia de Lombardo.¹⁵ Más allá de ese relato, aunque sin prescindir de él como fuente, está la sombra de Luis N. Morones. Claro está, en una instancia lejana.

José Vasconcelos no se había inclinado en 1923 a ningún precandidato a la presidencia de la república. Si bien pudiera haber simpatizado con Adolfo de la Huerta, como muchos de sus colaboradores cercanos, nunca lo hizo. Tampoco se manifestó callista —y es presumible que no fuera tan anticallista como se autorretrata en sus memorias—, pero el caso es que quiso permanecer neutral en la campaña, siendo únicamente obregonista y, desde luego, vasconcelista. El caso es que mantuvo al ámbito educacional ajeno a la campaña y esto no era bien visto por el Partido Laborista, con el cual Lombardo tenía ligas muy fuertes. La movilización del estudiantado en favor de Calles era necesaria y eso explica la efervescencia preparatoriana y la ruptura entre los “caudillos culturales”. Cuando sale Lombardo de la Preparatoria, se dan las renuncias del rector de la Universidad, Antonio Caso, y del director de la Escuela de Verano y jefe de Intercambio Universitario, Pedro Henríquez Ureña, entre otros universitarios.¹⁶ Suceden a los renunciantes, Ezequiel A. Chávez en la rectoría y, paradoja del destino, Moisés Sáenz, a Henríquez Ureña, en los dos cargos que dejó.

Tanto Sáenz como Chávez se duelen de la salida de Henríquez Ureña, ocurrida por renuncia presentada el 18 de agosto, para ser efectiva el 1o. de septiembre de 1923. Sáenz sugirió a Chávez que se nombrara consejero del Departamento a don Pedro. Más tarde, se le otorga el nombramiento de profesor de Literatura comparada, el 2 de enero de 1924, en Altos Estudios, Sin embargo, solicita licencia y propone a Torri para que lo sustituyera. El motivo era que iba a Pue-



Pedro Henríquez Ureña.

bla a colaborar con Lombardo, quien fue nombrado gobernador del estado, al caer Froylán Manjarrez, delahuertista. Ello ocurría en marzo de 1924, cuando la rebelión estaba en la fase final, ya definida a favor del gobierno.

Henríquez Ureña no fue sustituido por Torri sino por Julio Jiménez Rueda. La licencia de tres meses sin sueldo le fue concedida. Por tal motivo, Vasconcelos negó la autorización de que volviera a ocupar la cátedra, cuando se frustró el proyecto poblano. Don Ezequiel A. Chávez no quería que Henríquez Ureña se fuera de la Universidad y se programó un curso especial, libre, sobre Filosofía y estética del pensador hispano-inglés Santayana, en el mes de abril.

En carta a Vasconcelos, el rector Chávez manifiesta:

Han llegado noticias a esta rectoría de que el doctor don Pedro Henríquez Ureña, que no tiene más recursos de vida que los que le proporciona su trabajo, al encontrarse como se encuentra imposibilitado por ahora para reanudar en la Facultad de Altos Estudios, está a punto de salir de la ciudad de México para ir a desempeñar funciones como profesor en alguna universidad de la República Argentina. Si así pasare, la Universidad Nacional de México no podrá contar ya en lo sucesivo con el referido profesor, cuyos méritos, por sus conocimientos y por la exactitud con que cumple sus obligaciones, así como por sus buenos métodos de enseñanza de que se sirve, son excepcionales. Al alejarse en los términos de que de esta manera se alejaría de la ciudad de México, sería natural, por otra parte, pues se determinará en el ánimo de cierto número de sus compañeros de profesorado y de sus discípulos un sentimiento contra las autoridades universitarias que no hubieren hecho un esfuerzo para impedir que se fuese, sentimiento que se extendería también contra las demás autoridades escolares y ese sentimiento se agravaría con la consideración de que por muy valiosos que puedan ser los servicios del Sr. profesor Henríquez Ureña, es natural que lo sean menos que en México, porque México ha contribuido más que ningún otro país para la formación intelectual de Henríquez Ureña, y por ningún otro país tiene tanto interés Henríquez Ureña, como por México.¹⁷

Concluye su carta Chávez solicitando anuencia a Vasconcelos para invitar a don Pedro a reconsiderar su decisión y ofrecerle reanudar sus labores en Altos Estudios. La decisión ya estaba tomada. El éxodo era impostergable. El 24 de mayo, el rector le dirige una carta en la que alude a la solicitud de reconsideración y de la cual se reproducen las líneas que siguen:

...he tenido que aceptar como un hecho ineludible la separación de usted de esta Universidad; pero expresamente le manifiesto por medio de esta nota que, como también se lo dije verbalmente, sólo puedo considerarla temporal: usted, en efecto, ha vivido su vida intelectual constantemente pensando en México y de México ha recibido, también sin cesar, sugerencias y puntos de vista que han hecho que su alma sea en gran parte mexicana; la vida intelectual de usted y la vida intelectual de México están ya íntima e indisolublemente unidas. Por otra parte, su trabajo en la Facultad de Altos Estudios no sólo ha sido útil por la ciencia con que usted lo ha hecho y de la que han sido copartícipes, gracias a usted, los estudiantes que a sus clases han concurrido, sino que usted también ha venido a ser para dichos estudiantes jefe de escuela, lo que no es dado

sino a los profesores que de veras merecen este título y que no sólo lo deben a algún incidente fortuito de la vida.

Al alejarse usted por tanto de esta Universidad, deseo que quede la constancia de que lo sentimos a usted siempre en ella y de que los viejos universitarios mexicanos esperamos su regreso que habrá de producirse, sin duda, en algún tiempo, un poco más tarde. Será usted bienvenido a la Universidad Nacional en cualquier tiempo en que a ella retorne. Así me complazco en decírselo, dándole las gracias por sus excelentes servicios.

Para terminar, invoco los dos lemas que han guiado la labor de usted como las de la Facultad de Altos Estudios y las de la Universidad misma, el de la primera:

Por la investigación y la ciencia al amor y al servicio universales.
y el de la segunda

*Por mi raza hablará el espíritu.*¹⁸

La labor universitaria de Pedro Henríquez Ureña concluyó para México en 1924. Prosiguió en la Argentina, en su tierra natal Santo Domingo, donde también se frustraron sus proyectos y de manera eventual en Harvard. Unos días después de la fecha de la carta de despedida de Chávez a Henríquez Ureña, también Vasconcelos dejaría el despacho de Educación Pública. Los vientos callistas soplaban muy fuerte. La victoria temporal de Vasconcelos sobre los lombardistas fue a la postre borrada por el ascenso de Calles, Morones y —en menor medida— de Lombardo, al poder. El saldo en términos de universidad y educación fue desfavorable: México perdió con Henríquez Ureña un estilo de enseñanza que se alejaría de las aulas para no retornar sino hasta la llegada de los transterrados en 1939; con Vasconcelos —aunque ello no es tema de este artículo—, la continuidad del primer y único proyecto educativo original, congruente y ambicioso que se ha elaborado en México.

Notas

1. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato en Obras completas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, XII, p. 182-216.
2. Vid Félix F. Palavicini, *Los diputados*. Presentación de Fernando Zertuche Muñoz, México, Fondo para la historia de las ideas revolucionarias en México, 1976. p. 265-296 y 512-525.
3. Expediente 820 "Pedro Henríquez Ureña" en Archivo Histórico de la UNAM (en adelante AHUNAM), Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), f. 1-7.
4. Exp. cit. AHUNAM/CESU, f. 40.
5. *Ibidem*, f. 61.
6. *Ibidem*, f. 79-80.
7. *Ibidem*, f. 128-130. Los párrafos anteriores provienen de la misma fuente.
8. *Ibidem*, f. 131-132.
9. Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Sperati Piñeiro, prólogo de Jorge Luis Borges, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, XIII, 844 p., registro 378 de la crono-bibliografía, p. 755.
10. Exp. cit. AHUNAM/CESU, f. 202.
11. *Boletín de la Universidad*. Órgano del Departamento Universitario y Bellas Artes, IV Época, tomo III, no. 6, agosto de 1921, pp. 83-89.
12. Chávez a Henríquez Ureña, Exp. cit. AHUNAM/CESU, f. 251-252.
13. *Ibidem*, f. 204, 213, 216, 233, 247.
14. *Ibidem*, f. 220-222, 237-239 y 311.
15. José Vasconcelos, *Memorias*, 2 v. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, II, p. 141-157.
16. Un desahogo acerca de la situación lo expresa Julio Torri en carta de Alfonso Reyes, del 9 de abril de 1923. Vid. Julio Torri, *Diálogo de los libros*, comp. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 243.
17. Chávez a Vasconcelos, 17 de mayo de 1924. Exp. cit. AHUNAM/CESU, f. 339.
18. Chávez a Henríquez Ureña, 24 de mayo de 1924, ff. 340-341.